

*Diario La Verdad, Murcia, 3 de enero de 1975. Escuela de mandarines, el fruto de dieciocho años de trabajo, por A. Rubio.*

*Miguel Espinosa es un hombre desconcertante: reúne las condiciones y habilidad de un orfebre y el endoterismo de un alquimista; él ha dedicado 18 años de su vida a una novela (una novela que ha aparecido hace escasos días a la venta), a una obra imponente y, en cierto modo, desconcertante como él, no -claro está- por mor de ilegible, sino por lo inusual de su forma y de su fondo. «No sabemos si nos encontramos ante el Quijote o ante una tontería», esto, en boca de Dionisio Ridruejo -expresando el sentir de Aranguren, Laín Entralgo, José Luis Cano y él mismo- mueve a pensar que la novela de Espinosa no es ciertamente un producto literario fruto del trabajo apresurado, a las puertas de un premio literario. Casi 20 años de trabajo, de rehacer una y otra vez lo que ya se creía concluido, definitivo casi, reflejan un espíritu perfeccionista.*

-Yo he abordado la novela, su creación, sin ningún propósito previo, pero con el tiempo la enfoqué como una utopía, partiendo de la realidad, pero transformándola a través de la exageración. Por otro lado, la calidad estética era para mí como un reto, un gran desafío; debía, así lo creo, intentar devolver al castellano su riqueza lingüística y sintáctica y, paralelamente, destrivializar los modelos, porque estamos en el período augurado por Nietzsche: la aparición del nihilismo burgués, la llegada de la trivialización de los modelos.

*Desde un principio Miguel Espinosa se enfrascó, en el deseo de la depuración estilística. Esta depuración en la forma, la ha puesto al servicio de la descripción de la condición humana, en términos generales, y sin particularismos. A nivel de entendidos, Tierno Galván por ejemplo, dice que la novela de este murciano solitario abrirá camino -lentamente, pero lo abrirá- entre todos aquellos que realmente aprecian la calidad.*

-Yo quedaría totalmente satisfecho si esta novela iniciase la destrivialización de los modelos. Pienso que el castellano ha sido parcialmente utilizado, se han dejado de lado una amplia gama de posibilidades tanto lingüísticas como estilísticas: mi intención al escribir ha sido abarcar y jugar con dichas posibilidades. De hecho he recreado -en el sentido más puro de la palabra- lo escrito una y otra vez ante el desespero de mi editor, que deseaba ver la obra terminada. De cualquier modo, nada es definitivo, todo es susceptible de perfección y lamento que la obra esté ya impresa: no es posible, ahora, retocar lo que veo susceptible de perfeccionamiento.

*Estamos en plena euforia de los premios literarios; le preguntamos si alguna vez pensó presentar su Escuela de Mandarines a alguno.*

-No, por descontado que no; soy visceralmente opuesto a los premios literarios. No se trabaja durante 18 años para que un señor decida que lo por mí escrito debe ser premiado o no. Además, poner condiciones extraliterarias (por ejemplo, exigir límites: 200 holandesas, cuando, ¿quién puede limitar la extensión de la creación literaria?) es absurdo.

*Ideas claras no le faltan a Miguel Espinosa, tampoco libros -aunque la prodigalidad no sea su característica definitoria-, porque él publicó en 1957, en «Revista de Occidente», Las grandes etapas de la historia americana, Una morfología de la historia política norteamericana, aunque Miguel lo concibió, en un principio, con el título de Reflexiones sobre Norteamérica, pero Ortega -hijo- lo transformaría por el primero. Ahora, publica Escuela de mandarines, “una novela que muchas asas”, según dijo Tierno Galván. Ambas producto de un murciano que, tal vez, dará que hablar.*